

CORAZÓN DE CRISTO - JESÚS.

CORAZÓN.

‘Corazón’ es un término muy presente en la Biblia cuyo significado y equivalencia es mucho más amplio de lo que suele tener entre nosotros. Para nosotros, el corazón, además del órgano fisiológico que bombea la sangre, evoca también la vida afectiva y el mundo de los sentimientos personales. Para los hebreos en cambio, el corazón equivale a todo el interior de la persona: sus sentimientos, sus recuerdos, sus pensamientos y proyectos, sus opciones y sus decisiones, etc.

En el Libro del Eclesiástico, se dice que Dios ha dado al hombre ‘un corazón para pensar’ (Eclo. 17, 6); también en un Salmo se hace mención de los pensamientos del corazón de Dios; pensamientos de salvación para todos (Sal. 33).

Es más: en la Biblia hay frases hechas sobre el corazón, con múltiples equivalencias:

- ‘anchura de corazón’, equivalente a amplitud de conocimientos.
- ‘dame tu corazón’, que con frecuencia significa: préstame atención.
- ‘corazón endurecido’, hace alusión a mente y espíritu cerrado en sí.
- ‘corazón del hombre’, puede corresponder a cuando el hombre dialoga consigo y al modo cómo lo hace, cerrándose o abriéndose a Dios.

El corazón es pues, el origen y la fuente de su personalidad consciente, inteligente y libre .

Para S. Pablo es la Ley no escrita sino inscrita, que cada uno llevamos dentro (Rom.2,15). Es el punto donde el hombre se encuentra con Dios y también el del encuentro pleno y definitivo entre Jesús y el Padre.

EL CORAZÓN DE JESÚS.

Básicamente no es otra cosa que el ser de Jesús ya que abarca su persona entera: su pensar, su sentir, sus opciones y sus decisiones, tanto en relación con el Padre como en relación con sus semejantes los seres humanos, con los que El se hizo “como uno de tantos” (Fil.2, 6-7).

Si la equivalencia bíblica de la palabra corazón, abarca al hombre entero en su ser interno, del de Cristo podríamos decir que es el LOGOS y el PAZOS del Dios - Hombre. Las dos grandes potencias y áreas que Aristóteles afirmaba del ser humano: su pensar y su sentir.

En efecto, en el Prólogo del Evangelio de S. Juan, se nos dice que Cristo, que es desde el principio, la Palabra de Dios, contenía la vida y era luz para todo hombre que viene a este mundo, por más que ellos no quieran aceptarla (Jn.1, 1-4). Jesús es pues, el 'LOGOS' de Dios.

Mas adelante el texto continúa diciéndonos que de la plenitud de Cristo hemos recibido todos, un amor que responde a su amor, ya que el amor y la lealtad de Dios que salva, se hicieron realidad en Jesús para nosotros (Jn.1, 16). En efecto: “El canceló el documento de nuestra deuda... quitándolo de en medio, clavándolo consigo en la Cruz” (Col.2, 14). De ello concluimos que Cristo-Jesús es también, el 'PAZOS' de Dios.

Resumiendo todo lo anterior, llegamos a la conclusión que el Corazón de Cristo es pensamiento y razón de Jesús, Palabra de Dios, mensaje evangélico salvador y norma de vida para el cristiano. Pero también y a la vez, amor misericordioso, manera comprensiva de la relación del Padre con nosotros y amor de Dios a la medida de un corazón humano.

El Corazón de Jesús es todo el amor del Padre puesto al alcance y la medida de lo humano, para ser comprendido por el hombre: el rebosar del amor del Padre que nos llega a través de Jesús su Hijo Encarnado. “De tal manera amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo Único” (Jn.3, 16).

Este Corazón de Cristo es además síntesis completa de toda la creación obediente a Dios. Cristo al asumir lo humano en la Encarnación, resume en su Corazón todo lo que de acatamiento y de amor limpio tiene lo creado hacia Dios. Su Corazón es pues lugar de encuentro y síntesis de todo el amor de Dios a los hombres y de todo el amor de lo creado, a Dios. En él se da el 'Dios con nosotros' y el 'nosotros con El'.

Añadiríamos que él es la 'fórmula' por la que se lleva a cabo la petición que Jesús hizo al Padre en la última cena, poco antes de morir: “que como Tú estás conmigo y Yo contigo, que también ellos lo estén con Nosotros” (Jn.17, 21).

Pero Juan en el Prólogo de su Evangelio, añade algo más: que la Palabra que está junto al Padre y en unidad con El, se nos ha acercado para explicárnoslo con el lenguaje del corazón humano, lleno de amor y de lealtad (Jn.1, 18); porque de su plenitud todos hemos recibido (Jn.1, 16). Esa y no otra, es la razón de porqué acampó entre nosotros (Jn.1, 14). Es decir: se acomodó a lo nuestro, se rebajó y 'se hizo uno de tantos' (Fil. 2, 6-7).

A través de su Corazón, ahora los hombres podemos acercarnos a Dios sin temor alguno y sin necesidad de otros intermediarios, ya que estar con Dios no es más que el efecto y resultado de nuestra adhesión a Jesús, en cuyo corazón nos encontramos con el Padre. Por eso S. Pablo decía que “gracias a Cristo y por la fe en El, tenemos libertad para acercarnos a Dios confiados” (Efes.3, 12); porque en definitiva, es el mismo Padre quien siempre nos acerca (Jn.6, 44)

Pero aún hay algo más que podemos decir del Corazón de Jesús. De lo dicho en efecto, deducíamos que ese Corazón y modo de ser de Cristo, es lugar de cita y de posible encuentro entre Dios y nosotros. Por esa razón y recordando la historia bíblica, diríamos que se trata del verdadero 'BETEL de Dios'.

Cuando Jacob huía de la persecución de la que era objeto por parte de su hermano Esaú, llegó al lugar en el que Dios se le había aparecido y hablado en otra ocasión. Allí levantó un altar, ungió la piedra y le puso por nombre 'BETEL' (Beit- El en hebreo), (Gen.35, 1 y 6).

En efecto: cuando por vez primera había pasado por allí, tuvo un sueño en el cual Dios le habló y prometió. Al despertar comprendió que era Dios quien había estado allí y lo llamó 'casa de Dios' y 'puerta del cielo', porque allí había sentido a Dios con él y él con Dios. De ahí el nombre: 'puerta de paso a Dios, casa de Dios y presencia de Dios hablándole' (Gen.28, 16-22).

Corazón de Jesús, 'casa y presencia de Dios', desde donde nos habla de su amor benevolente y misericordioso, y lugar de encuentro nuestro con El, desde el que le hablamos de nuestros cansancios y agobios humanos. Venid a mi Corazón manso y humilde, y hallareis alivio a vuestras cargas y abatimientos, decía Jesús (Mt.11, 28s). Vivir este amor desde el corazón, dilata en todas direcciones el corazón del hombre, en unión con el de Cristo expandido desde la Cruz, hacia el Padre, indicado por su trazo vertical, y hacia toda la humanidad, por su trazo horizontal.

En Mayo de 1956 escribe el Papa Pío XII la Encíclica 'Aurietis Aquas' donde muestra cómo esta devoción puede ser reformulada de forma más apta y significativa para el hombre de hoy. Algo que urge llevar a acabo ya que no se trata de una devoción más de las que cualquier cristiano puede practicar, sino de algo que toca a la esencia misma del cristianismo.

En el Nuevo Testamento se nos enseña a llamar a Dios, 'PADRE', conscientes de que por Jesucristo, somos hijos adoptivos suyos, y el mismo Jesús insiste en que en ese amor no se excluye a nadie ni siquiera a los que le son hostiles: "sois hijos de vuestro Padre del Cielo que hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos" (Mt.5, 45).

Es más: Jesús nos asegura que el Padre nos ama a todos con el mismo amor con el que ama a su Hijo hecho hombre: "para que el amor que Tú me tienes esté con ellos y también Yo esté con ellos" (Jn.17, 26). Jesucristo es todo el amor del Padre en y con nosotros.

S. Pablo al exponer este dinamismo del amor del Padre a nosotros, añade: "la prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ABBA (Padre)" (Gal. 4, 4-6). Así el amor de Dios está derramado y como empapando nuestros corazones (Rom. 5, 5).

S. Ignacio de Loyola en sus 'Ejercicios Espirituales', nos recuerda que amar es ante todo, un mutuo dar y un compartir recíproco de cuanto se tiene, se puede y se es, entre ambos dos que se aman (E.E. [231]). Pero ¿cómo podemos nosotros dar a Dios, algo que no tenga El, o qué podemos compartir con su Hijo Resucitado y ya Glorioso?. Ciertamente que Cristo Glorioso está ya más allá de cualquier necesidad o de cualquier desagravio que podamos ofrecerle nosotros. Sin embargo, El mismo ha creado ese su Cuerpo Místico que es la Iglesia y es en ese plano y colectividad, donde podemos hacer algo como muestra de nuestro amor.

Leyendo a S. Pablo lo descubrimos cuando aludiendo a su caso personal, afirma: “ahora me alegro de los padecimientos que soporto por vosotros y completo en mi persona lo que falta a las tribulaciones de Cristo a favor de su Cuerpo” (Col.1, 24). Cristo resucitado necesita de esa reparación y ese amor en los miembros de su nueva dimensión que es su Iglesia y nuestros prójimos. Necesita que le amemos a ellos y desde ellos, porque “lo que hicisteis con un hermano mío de esos más humildes, conmigo lo hicisteis” (Mt.25, 40). Necesita de nuestra práctica de amor fraterno a los miembros de su Cuerpo, nuestros prójimos.

La práctica de esta devoción y culto al buen Corazón de Jesús, está toda en ayudar y servir a nuestros hermanos en cuanto les aflige y sufren, puesto que todos somos miembros del Cristo total. Además de esto, podemos -siguiendo a S. Ignacio- ofrecer a El cuanto tenemos y somos cada uno, para que El disponga de nuestras personas y vidas, sabiendo que también El nos ama a cada uno y se nos da enteramente.

S. Ignacio nos ofrece una fórmula de esta entrega en la ‘Meditación para alcanzar Amor’, al final del libro de los Ejercicios Espirituales que dice así:

“Tomad Señor y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; Vos me lo dísteis, a Vos Señor, lo torno. Todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta” (E.E. [234]).

Joaquín Sangrán, S. J.